

¡Bendita tú entre las mujeres!

4º Domingo de Adviento

Por aquellos días se puso María en camino y marchó aprisa a la montaña, a una ciudad de Judá, y entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. En cuanto Isabel oyó el saludo de María, el niño saltó en su seno e Isabel quedó llena del Espíritu Santo. Y exclamó con fuerte voz y dijo: "¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! ¿De dónde a mí este bien, que venga la Madre de mi Señor a visitarme? Pues tan pronto como tu saludo llegó a mis oídos, el niño saltó de gozo en mi seno. Bienaventurada la que ha creído que se cumplirán las cosas que se le han dicho de parte del Señor".

Lc 1,39-45

¡Bendita tú entre las mujeres! Hoy quiero hacer este encuentro contigo, María. Te veo tan humana y a la vez tan divina... Bien joven llevas a Jesús en tu seno y me emociona verte... cómo es la primera procesión que se hace llevando al Señor en medio y a través de la humanidad. Me gusta observar ese abrazo de estas dos mujeres que termina en este himno que yo te lo digo desde mi pobreza y desde mi interior con gozo, con cariño, con alegría: "¡Bendita tú entre todas las mujeres!".

Te contemplo cómo irías sola por esos caminos, pero con esa fuerza interior. Y subes con prisa. Quieres ayudar a tu prima Isabel y la quieres ayudar porque comprendes que es una mujer anciana que necesita ayuda, pero también le quieres llevar la alegría que llevas dentro. Sí, llevas al Salvador y quieres decírselo y quieres comunicárselo. Me gusta contemplar esta escena, me gusta contemplar este cuadro, esta escena tan maravillosa: el abrazo de dos mujeres. "¡Bendita tú entre todas las mujeres!".

¿Qué me quieres decir con esto, con esta escena tan maravillosa? ¿Qué me quieres decir? Que imite tus actitudes de fe: has escuchado..., una fe que escucha. Yo tengo que escuchar como tú, María. Tengo que estar atenta, tengo que estar en servicio, tengo que estar pendiente de las necesidades de los demás. Isabel fue el primer testigo de la salvación. En la entrega, en el darse a los demás, en el gozo y en la alegría se recibe al Señor y se llena uno de todo.

Madre mía, Virgen María, enséñame a servir, disculpa mis orgullos, mis faltas de servicio, mi falta de entrega. Necesito aprender de ti. Y aprender de ti todas las actitudes. Y para eso quiero observarte..., "pensarte"..., "reflexionarte"..., aprender esa gran lección de amor y esa gran lección del servicio. Quiero aprender de ti a comunicarme, a comunicarte a los demás, a salir de mí misma, a salir de mis egoísmos.

Ayúdame, dame fuerza en la fe, alegría para poder exhalar, cantar: "¡Dichosa soy porque llevo a Jesús en mi corazón y lo puedo comunicar a los demás!". Ayúdame a entregarme, a no ser egoísta, a acoger, a ser generosa, a saber darme.

Madre mía del servicio, ruega por nosotros, ¡ayúdanos! Madre mía de la entrega, ¡ayúdanos! Que yo pueda decir muchas veces en esta semana cada vez que me entregue, cada vez que sirva, en todos mis días: "¡Dichosa, feliz porque tú me has dado la fe y me has enseñado a creer!". Que sepa compartir el gozo de llevarte, que aprenda a ser María, que aprenda a ser Isabel.

Santa María del servicio, ruega por nosotros. Que sepa portarte en mi corazón como el mejor sagrario y llenar de gozo tu presencia donde yo vaya, con mis formas, con mi alegría, con mi fe. Y en mis faltas de egoísmo y en mis faltas de generosidad, ruega por mí, Santa Madre de Dios. Quiero aprender a servir y a llenarme del gozo de llevarte siempre. Y gritarte: "¡Bendita tú entre todas las mujeres! Bendita la alegría que das a todo el que sepa llevar como tú a Jesús en la vida".

¡Bendita tú entre todas las mujeres!